

El futuro es un país extraño.

Crisis económica y cambios sociales

Conferencia impartida en el Claustre Obert, Universitat de València, 3 mayo 2012

Josep Fontana

(Traducción de Jordi Domènech)

Permitidme que empiece explicando a qué viene el título que he elegido para esta charla. Desde hace más de dos siglos hemos sido educados en una concepción de la sociedad que se ha basado en el principio de que el progreso es el motor de la historia. No me refiero a ninguna clase de interpretación izquierdista, y menos aún marxista, sino a algo tan respetable y aceptado como lo que los anglosajones denominan la "interpretación whig de la historia", según la cual —cito de la Wikipedia— "el pasado es representado como una progresión inevitable hacia cada vez más libertad e ilustración". Es decir, la historia es vista como "un progreso continuado hacia una sociedad mejor".

Es posible que en los siglos XIX y XX esta visión pareciese una representación satisfactoria de lo que ocurría en el mundo. En realidad, se convirtió en la base de las concepciones políticas dominantes y de las previsiones generales de futuro. Los historiadores nos referíamos a un ascenso sin interrupciones desde los orígenes. Las grandes etapas de la historia habrían sido la revolución neolítica que dio origen a la agricultura, el descubrimiento del mundo en la era de los grandes viajeros, que permitió extender el comercio a escala planetaria, y la revolución industrial, que multiplicó la capacidad de producir bienes. En el ámbito de la sociedad, los males del feudalismo y de las monarquías absolutas quedaron atrás después de que la Revolución francesa conquistara las libertades individuales; más adelante, el esfuerzo del movimiento obrero ayudó a que fuéramos ganando derechos y servicios sociales. Todo esto había conllevado que viviéramos en un mundo más libre, en el que ha ido mejorando el nivel de vida de los ciudadanos. Parecía lógico pensar que el futuro seguiría estas mismas pautas de progreso y libertad.

En alguna medida todo esto era verdad, pero no era, como quizá pensábamos, fruto de una regla interna de la evolución humana —aquello de que la historia está de nuestra parte—, sino la consecuencia de equilibrios de fuerzas en que los beneficios fueron no tanto el producto de revoluciones triunfantes, como el resultado de pactos y concesiones obtenidas de los estamentos dominantes a cambio de evitar una revolución que trastornara las cosas. Por decirlo de una manera simple: desde la Revolución francesa

hasta en torno a 1970 las clases dominantes de nuestra sociedad vivieron atemorizadas por fantasmas que perturbaron su sueño, con el temor de que podían perderlo todo a consecuencia de una catástrofe revolucionaria. Sus enemigos fantasmales fueron cambiando de rostro: primero los jacobinos, después los carbonarios y los masones, más adelante los anarquistas, y finalmente los comunistas. Eran amenazas imaginarias; pero la frecuencia de los atentados, las huelgas y las revueltas les daban credibilidad y facilitaban que pudieran negociarse mejoras sociales. Las manifestaciones del Primero de Mayo, que en nuestro país se celebraron por primera vez en 1890, es conocido que provocaron un pánico irracional, totalmente injustificado, en nuestra burguesía; pero fueron la base para conseguir, mediante largas negociaciones, la jornada laboral de ocho horas, contra las 10 o 12 horas que regían anteriormente.

Nouriel Roubini, uno de los economistas que predijo a tiempo la catástrofe de 2008, explicó todo esto en un artículo:

Incluso antes de la Gran Depresión, las clases burguesas ilustradas de Europa reconocían que, para evitar revoluciones, había que proteger los derechos de los trabajadores, mejorar los salarios y las condiciones de trabajo, y crear un Estado del bienestar para redistribuir la riqueza y financiar bienes sociales (educación, sanidad y una red social de protección). [...] El ascenso del Estado del bienestar fue, por lo tanto, una respuesta [...] al temor a las revoluciones populares, al socialismo y al comunismo [...]. Desde finales de los años 40 a mediados de los 70, siguieron tres décadas de relativa estabilidad económica y social: un período en que la desigualdad cayó de manera considerable y los ingresos medios crecieron rápidamente [1].

En el conjunto de los países desarrollados, el período entre 1945 y 1975 fue una etapa en que el reparto más equitativo de los beneficios permitió mejorar la suerte de la mayoría. Los salarios crecieron al mismo ritmo que aumentaba la productividad, y con ellos crecía la demanda de bienes de consumo por parte de los trabajadores, lo cual conllevaba un estímulo al aumento de la producción. Todo ello ha sido descrito por Georg Packer como "una democracia de clase media" que implicaba "un contrato social no escrito entre el trabajo, los negocios y el gobierno, entre las élites y las masas". Desde la crisis de 2008, afirma Robert Jensen, hay mucha gente en Estados Unidos que echa de menos "aquella 'edad de oro' del capitalismo en que los beneficios y los salarios aumentaban, y había muy poco paro" [2].

Esta tendencia se invirtió en los años 70 del siglo pasado, después de la crisis del petróleo, que sirvió de excusa para iniciar el cambio. La primera consecuencia de la crisis económica fue que la producción industrial del mundo disminuyó en un 10 % y millones de trabajadores quedaron en el paro, tanto en Europa occidental como en Estados Unidos. Fueron años de conmoción social, con los sindicatos movilizados en Europa en defensa de los intereses de los trabajadores, lo cual les permitió aplazar por unas décadas los cambios que se estaban produciendo en Estados Unidos y en Gran Bretaña, donde los empresarios, bajo la protección de Ronald Reagan y de la señora Thatcher, decidieron

que era el momento de iniciar una política de lucha contra los sindicatos, de desmantelamiento del Estado del bienestar, y de limitación del papel de los gobiernos en el control de la economía.

Hacia 1973 parecía claro que el triunfo de la Unión Soviética en la guerra fría era imposible y no había que temer que el comunismo pudiera impulsar ninguna revolución en los países desarrollados. Los empresarios, y los políticos que representaban sus intereses, podían dormir tranquilos. No había ninguna necesidad de seguir pactando: había llegado la hora de restaurar la plena autoridad del patrón.

El resultado a largo plazo de este proceso, el cual ha ido aumentando la desigualdad, enriqueciendo a los de arriba y empobreciendo a la mayoría, puede sintetizarse en estos datos referidos a Estados Unidos y publicados en un reciente estudio de Lawrence Mishel: entre 1973 y 2011 la productividad creció un 80,4 %, pero el salario medio por hora trabajada sólo creció un 10,7 %. Es evidente que ya no hay ningún reparto equitativo de los aumentos de la riqueza entre empresarios y trabajadores: el pacto que fue la base de la armonía social en los años de posguerra, se ha terminado [3].

Eso mismo afirmaba hace pocos días Stiglitz en una entrevista: "Un trabajador a tiempo completo está hoy peor en Estados Unidos que hace 44 años. Es sorprendente: medio siglo de estancamiento. El sistema económico no funciona. No importa si unas pocas personas en la cima se benefician de manera escandalosa: cuando la mayor parte de ciudadanos no mejora, el sistema económico no anda bien" [4].

Si queréis un testimonio de las causas que han producido este reparto desigual de la riqueza en favor de los de arriba, véase la carta que Michael Cembalest, jefe de inversiones de JPMorgan Chase, dirigió a sus clientes en julio de 2011, en la que dice: "los márgenes de beneficio han alcanzado niveles que no se habían visto desde hace décadas [...] las reducciones de salarios y prestaciones explican la mayor parte de esta mejora [...]. La compensación por el trabajo se halla actualmente en Estados Unidos en el mínimo en cincuenta años, en relación tanto con las cifras de ventas de las empresas como del PIB de Estados Unidos" [5].

Esta evolución, que es lo que Krugman denomina la "gran divergencia", no surgió por causas económicas, de la dinámica de los mercados, sino por causas políticas, de "la manipulación de las leyes y las reglas por obra de quienes podían pagar 'negociadores', legisladores y abogados para que realizaran sus encargos". Por lo tanto, las explicaciones hay que buscarlas en el ámbito de la política, en la implantación gradual de lo que Sheldon Wolin describe como un "totalitarismo invertido", que surge de la combinación de "un cuerpo legislativo débil, un marco legal que es a la vez complaciente y represivo, y un sistema de partidos en que cada uno de ellos, tanto en la oposición como con mayoría, se inclina a reconstruir el modelo existente para favorecer de manera permanente a la clase dominante de los ricos, los influyentes y los empresarios. Mientras se deja a los

ciudadanos más pobres con una sensación de indefensión y de desesperación política y, al mismo tiempo, se mantiene a las clases medias oscilando entre el miedo al paro y las expectativas de unas compensaciones fabulosas cuando se recupere la economía". Todo ello asociado a unos medios de información mediatizados y serviles, una potente maquinaria de propaganda conservadora, y una policía que coopera en la búsqueda de extranjeros sospechosos y disidentes internos [6].

Sin embargo, hoy no quisiera hablar de esta evolución a largo plazo, sino que preferiría referirme a lo que ocurre en la actualidad, después de la crisis de 2008, que no sólo no ha cambiado las cosas, sino que ha consolidado y acelerado este proceso iniciado 35 años antes, y lo ha llevado a instalarse también en Europa.

Desde el verano de 2009 empezó a decirse en Estados Unidos que la crisis había sido superada, por lo menos en el sector financiero, y debía ser cierto porque los beneficios repartidos a sus ejecutivos retornaron a las grandes cifras del pasado: la media de los cien mejores pagados es de 14,4 millones anuales, poca cosa si lo comparamos con los beneficios de los gestores de fondos de inversión, que pueden alcanzar los mil millones.

Para el conjunto de la producción, la recuperación de la economía norteamericana se daba por asegurada en el último trimestre de 2011. Una gran noticia, diría Robert Reich, pero con un aspecto inquietante, porque "aunque el país produce hoy más bienes y servicios que antes de la crisis [...] se producen con seis millones de trabajadores menos". ¿Qué puede hacerse con estos seis millones que quedan al margen del proceso productivo? ¿Cómo repercutirá esto en los niveles de vida de las clases medias y populares?

Según la Oficina del Censo, en 2011 había 47 millones de norteamericanos (uno de cada seis) que vivían por debajo del límite de la pobreza, y 19 millones, un tercio de ellos, eran niños en situación de "extrema pobreza".

Los puestos de trabajo que se han ido creando han sido en su inmensa mayor parte de baja cualificación, duración insegura y salarios muy bajos, especialmente por lo que se refiere a los que se ofrecen a los jóvenes entre 16 y 29 años, casi la mitad de ellos sin trabajo. Richard D. Wolff, profesor emérito de Economía de la Universidad de Massachusetts-Amherst, denunciaba el 7 de marzo pasado que las noticias sobre la recuperación económica eran falsas: no había ninguna mejora general de las condiciones económicas. "Recuperación, en esta economía capitalista, se refiere a los beneficios, no a la gente."

Además, el problema no es sólo de Estados Unidos. Eso lo sabemos muy bien en nuestro país donde el paro de los jóvenes supera ya el 50 %. Pero es que la propia Organización Mundial del Trabajo lo confirma a escala mundial en un comunicado de 29 de abril, es decir del domingo pasado, donde afirma: "A pesar de las señales de que el crecimiento económico ha recommenzado en algunas regiones, la situación global de la ocupación no muestra señales de recuperación en un futuro próximo" [7].

Además, lo que también podemos comprobar es que el proceso a largo plazo que conduce al aumento de la desigualdad —es decir, al empobrecimiento de la mayoría y al enriquecimiento del 1 %— no solamente continúa, sino que se ha acentuado como consecuencia de la crisis. El pasado mes de marzo, el equipo dirigido por Emmanuel Saez, profesor de la Universidad de California, publicaba sus estimaciones del reparto de los beneficios del crecimiento, las cuales mostraban que, si en el conjunto del período de 1993 a 2010 la parte de crecimiento total "capturada" por el 1 % de los más ricos había sido el 52 %, en los años de "recuperación de 2009 y 2010" esta parte había aumentado hasta el 93 %. Saez terminaba su informe con estas palabras: "Debemos decidir como sociedad si este aumento de la desigualdad de los ingresos es eficiente y aceptable o, en caso contrario, qué combinación de reformas institucionales y fiscales hemos de desarrollar para frenarla."

Esta situación se produce, y no por casualidad, en un contexto en que la gestión política otorga un apoyo total a las medidas que favorecen la continuidad de esta divergencia. La decisión del Tribunal Supremo de Estados Unidos en el caso *Citizens United v. Federal Election Commission*, aprobada en enero de 2010, ha permitido multiplicar las donaciones políticas de las empresas. Este dinero es entregado de manera que no obliga a declarar su procedencia antes de las elecciones, y es utilizado sobre todo en campañas de televisión destinadas a atacar y denigrar a los contrincantes del candidato al que se apoya. Los millones gastados por los Super PACs ("comités de acción política") en la campaña para elegir al candidato republicano para las próximas elecciones presidenciales, han alarmado incluso a *The Economist*, que escribe: "los Super PACs están cambiando la política norteamericana. Y quizá sea imposible revertir su impresionante avance".

Si a esta intromisión del dinero de las empresas en las elecciones añadimos los esfuerzos que se están llevando a cabo para impedir legalmente el voto a los pobres, los viejos, los jóvenes y a las minorías étnicas, entendemos que Elizabeth Drew se pregunte: "¿Es posible que unas elecciones que han sido sometidas a tantas distorsiones interesadas sean aceptadas por el público como si se hubieran producido de una manera correcta? ¿Y qué ocurrirá si no es así?" [8].

Esta degradación de una política que se compra y se vende permite a los empresarios bloquear leyes que les obligarían a aumentar sus desembolsos, como las que se refieren al control de la contaminación o las que se dirigen a la prevención del cambio climático. Al margen de ello, los políticos cumplen encargándose de rebajar sistemáticamente los impuestos a las grandes fortunas y, lo que es peor, aceptan que utilicen argucias legales para no pagarlos [9].

Además, la compra de los políticos no se limita a los donativos para las elecciones, sino que incluye los centenares de millones que gastan cada año los lobbies para atenderles y complacerles. En los años 2008 a 2010, treinta de las mayores empresas norteameri-

canas desembolsaron más dinero en gastos de lobby (entradas, hoteles, restaurantes de lujo, viajes en aviones privados, etc.) que en pagar impuestos al estado [10]. Como afirma Chris Hedges: "Los jefes de estado y los funcionarios elegidos para el Congreso son hoy en gran medida irrelevantes. Son los lobbies quienes redactan los proyectos de ley y logran que sean aprobados. Los lobbies aseguran a los políticos el dinero para salir elegidos y les proporcionan un trabajo cuando dejan la política. Quienes hoy detentan el poder son los miembros de la reducida élite que administra las grandes empresas."

Rick Santorum, por ejemplo, que ha optado a la nominación republicana con unos planteamientos de católico integrista que le llevaron a condenar las universidades, en las que según él, "el 62 % de los estudiantes pierde la fe", resulta que en su etapa de senador favoreció los intereses de empresas de su estado, consiguiendo para ellas grandes subvenciones, que dichas empresas le compensaron, después de que abandonara la política, con cargos y otros beneficios millonarios. Por lo visto la venta de las decisiones políticas en beneficio propio no tiene nada que ver con la moral cristiana. El caso de las subvenciones estatales a las industrias petroleras y del gas, mantenidas en connivencia con los políticos que se benefician de su patrocinio, alcanza proporciones escandalosas.

Esta privatización de la política nos ayuda a entender las medidas de restricción de la democracia que permiten asegurar el mantenimiento del orden establecido. Ello puede verse en el desarrollo de un aparato represivo de nuevo tipo, que no adopta la violencia pública de los tiempos del fascismo, pero que es mucho más eficaz, basado en el espionaje y la prevención.

La vigilancia sobre los ciudadanos se ha convertido en una seria amenaza para las libertades públicas. Bill Quigley ha explicado los diversos métodos por los que empleando las técnicas más diversas el gobierno norteamericano vigila y controla a todos los ciudadanos: recopilación de emails y conversaciones telefónicas, control de los teléfonos móviles, reconocimiento facial, etc. Una nueva ley, la CISPAA (*Cyber Intelligence Sharing and Protection Act*) ha convertido a Google y Facebook, en palabras de Ron Paul, en "espías del gobierno" [11].

En la actualidad, según William Binney, que fue funcionario de la NSA (National Security Agency) durante 30 años, esta institución almacena 20 millones de "transacciones" (emails, llamadas telefónicas, etc.) de ciudadanos norteamericanos. Y esta capacidad aumentará considerablemente cuando se ponga en marcha el Utah Data Center, que se calcula entrará en funcionamiento hacia septiembre de 2013, en el cual según James Bamford, "se almacenarán toda clase de comunicaciones, incluyendo los contenidos completos de correos electrónicos privados, llamadas telefónicas y búsquedas de Google, y se registrarán datos personales como recibos de parking, itinerarios de viajes o compras de libros...".

En un número reciente de *The Economist* [12] se nos habla de toda una serie de programas de "computación social" dedicados al "análisis de los sentimientos", desarrollados en diversas universidades o en relación con empresas como el fabricante de armamento Lockheed Martin, pero siempre con participación y financiación millonaria del gobierno. En la base de todos ellos está el estudio sistemático de las informaciones disponibles, con especial incidencia en el análisis de lo que circula por las redes sociales, y muy especialmente en Twitter, a fin de identificar los posibles puntos en que pueda producirse determinada protesta, y facilitar la manera de responder a ella [13]. Por ejemplo, el World-Wide Integrated Crisis Early Warning System, de Lockheed Martin, utiliza toda clase de informaciones digitales para "predecir de manera anticipada revueltas, alborotos, crisis económicas, intervenciones de los gobiernos y guerras internacionales", cumpliendo la función de un "radar social".

Más espectacular parece aún el programa que se desarrolla en la Academia Militar de West Point y que se está utilizando actualmente en Afganistán. El denominado Spatio-Cultural Abductive Reasoning Engine, cuyas siglas son SCARE —es decir "miedo", y dudo que sea por casualidad—, proporciona métodos de "abducción geoespacial" para descubrir depósitos de armas; pero en un estudio presentado en 2011 en una conferencia sobre aplicaciones de la inteligencia artificial, leo que ahora se han desarrollado técnicas para descubrir *high-value targets*, es decir objetivos, humanos especialmente, de importancia vital para la insurgencia. Si añadimos a ello la posibilidad de eliminar tales "objetivos" con los "drones", los aviones no tripulados, veremos que las perspectivas para el futuro son estremecedoras, sobre todo el día en que se decida utilizar estas técnicas en las disputas civiles.

Pero vayamos de Estados Unidos a esta Europa nuestra. La persistencia de la "red social de protección" creada por el movimiento obrero, retrasó a este lado del Atlántico —excepto en Gran Bretaña— una evolución como la de Estados Unidos; pero los efectos de la crisis de 2008 han facilitado que el proceso se acelerase en Europa, donde, como en el caso de España, las cosas eran en principio muy distintas. Las hipotecas, por ejemplo, fueron concedidas a personas solventes en condiciones normales, pero que dejaron de serlo cuando el impacto de la crisis provocó un paro cercano al 25 %. Y, en segundo lugar, la carga de la deuda pública era aquí limitada y no podía por sí misma provocar ninguna clase de crisis.

Sin embargo, en el caso europeo y por razones que habrá que aclarar, las consecuencias del proceso iniciado a partir de la crisis norteamericana han ido más allá que en Estados Unidos, tanto por lo que se refiere a la rapidez con que la banca ha conseguido el control de la política económica, como en los daños infligidos a la ciudadanía [14].

La secuencia comenzó de manera muy parecida: especulación, crisis, rescate bancario, empobrecimiento de los trabajadores y de las capas medias. Y con la misma fábula des-

tinada a convencernos de que la culpa es de que habíamos "malgastado" en escuelas y hospitales, de manera que ahora debíamos pagar por estos excesos del pasado.

No era cierto. Sí que quizá lo fuera el que hubo un mal uso del gasto público, que resultó escasamente productivo; pero no lo era el que la deuda pública fuese la causa de la crisis de los países del sur de Europa, tal como todavía hoy pretenden hacernos creer. Por el contrario, el análisis de las cifras de las últimas décadas muestra que los déficit y las deudas de estos gobiernos se hallaban en 2008, en el inicio de la crisis, en mínimos históricos. El problema fue causado por el aumento incontrolado de la deuda privada, y por la actuación de los gobiernos que asumieron tal deuda al sobrevenir la crisis, tal como hizo Estados Unidos, pero de manera más amplia e incontrolada. Krugman ha mostrado que la relación entre el endeudamiento público y el PIB de estos países mejoró hasta 2007 y no podía ser por sí mismo la causa del conflicto: "Lo que tenemos ahora —concluye— es el resultado de la crisis, y no de un exceso de gasto público anterior" [15].

El siguiente paso, y el más grave en el ahondamiento de la crisis en Europa, fue dado por los propios gobiernos que, al ceder a las presiones de la canciller alemana Angela Merkel, que exigía "meter a las economías del continente en la camisa de fuerza de una continuada austeridad fiscal", dejaron la dirección de la política económica en manos de los dirigentes bancarios. Aditya Chakraborty explicó en *The Guardian* que fueron los responsables del Institute of International Finance (el grupo de presión integrado por los 450 mayores bancos y que se define a sí mismo como "la única organización global de instituciones financieras del mundo") quienes en 2011 decidieron las condiciones que había que imponer a Grecia, una medida que fue aceptada por los gobiernos, la Unión Europea y el FMI.

Una política bastante hipócrita, por otra parte, como muestra la conducta de Alemania que al mismo tiempo que exige a Grecia recortar el gasto en sanidad pública, presiona para mantener sus ventas de armas, de las que Grecia es su mayor comprador europeo (Grecia adquiere un 15 % de las exportaciones alemanas de armamento, incluyendo, por ejemplo, 2.000 millones en submarinos que además de innecesarios resultaron defectuosos) [16].

No importa que muchos prestigiosos economistas, a los cuales acabó sumándose la opinión del Fondo Monetario Internacional, hayan criticado estas políticas que se limitan a recortar el gasto público y dejan de lado los estímulos para el crecimiento de la producción. La obstinación de la señora Merkel y de los dirigentes alemanes de oponerse a políticas de estímulo para los países en dificultades ("la señora Merkel y sus votantes — se ha dicho— siguen insistiendo en que sus vecinos paguen sus pecados con recortes de los presupuestos aún mayores"), llegaron a crear alarma en Estados Unidos. Un editorial del *New York Times* denunciaba el 20 de abril pasado los riesgos que implicaba para la economía global la insistencia de los dirigentes europeos en una "austeridad destructiva", negligiendo las críticas del FMI, del Banco Mundial y del secretario del Tesoro nor-

teamericano, por "haber recortado los presupuestos con excesiva rapidez, debilitando el crecimiento económico en todo el mundo y contribuyendo a una crisis de empleo en el continente europeo". Y en Viena, el pasado 26 de abril, es decir hace una semana, Joseph Stiglitz decía: "Creo que Europa se encamina al suicidio" [17].

La teoría legitimadora de la austeridad sostiene que los efectos negativos de los recortes salvajes quedarán compensados por un cambio en la "confianza", el cual llevará a un nuevo crecimiento del gasto de los consumidores y de las inversiones en los negocios, y como consecuencia de ello se reactivará la economía. Pero lo que ha ocurrido es lo que todas las lecciones de la historia económica sostenían que tenía que ocurrir: la "confianza" no ha aparecido y, lejos de aumentar, el gasto del sector privado ha seguido cayendo: "La buena noticia —explicaba Krugman a finales de abril— es que muchas personas influyentes están admitiendo que eso de la 'confianza' era un cuento de hadas. Y la mala noticia es que a pesar de este reconocimiento, parece haber pocas probabilidades de un cambio de ruta a corto plazo."

En términos generales, resulta innegable que la austeridad fiscal ha agravado la situación económica en todos los países en que se ha puesto en práctica. Grecia, España e Irlanda, que adoptaron una severa política de recortes, han visto cómo aumentaba el paro, porque los recortes han afectado sobre todo a los productores. "Y en cada caso la reducción del déficit presupuestario ha sido menor de lo que se esperaba, porque los ingresos por impuestos han caído como consecuencia del colapso de la producción y del empleo." Si se deja que una economía se mantenga deprimida hay muchas razones para esperar que la situación lleve "a un círculo vicioso de disminución de su potencial, lo cual conduce a más austeridad y así sucesivamente" [18].

No es posible esperar que la economía se recupere con una política como la que se ha impuesto a Grecia, que además tiene durísimas consecuencias sociales: aumento de los suicidios y del crimen, y unos hospitales que carecen de medicamentos esenciales, incluidas las vacunas, lo cual hace temer que reaparezcan enfermedades como la poliomielitis o la difteria. Y por lo que respecta a nuestro país, ¿cómo evitaremos la propagación de determinadas enfermedades, si se niega la atención médica a una parte importante de la población inmigrante?

Respecto a España, un editorial del *New York Times* del 12 de abril, que lleva el título "Una sobredosis de sufrimiento", decía: "España podría ser la primera economía hundida por la mala gestión alemana de la crisis de la eurozona." A esta afirmación sigue una denuncia de las políticas de austeridad, cuyas consecuencias son que "cuanto más se contrae el PIB español, tanto más caen los ingresos por impuestos, lo cual exige recortes presupuestarios cada vez más severos". Incapaz de encontrar métodos adecuados para cumplir con los objetivos que le son impuestos desde Berlín, sigo citando el mismo artículo, "el señor Rajoy ha propuesto otros igualmente malos, como recortar la inversión pública, necesaria para mejorar la competitividad de la economía, y los fondos para la

formación de los trabajadores, necesarios para lubricar las reformas del mercado laboral. Recortar en lo que es necesario para la fuerza de trabajo de mañana, para pagar la burbuja inmobiliaria de ayer, no tiene sentido en términos económicos" [19]. Bien, esto que he leído fue escrito el 12 de abril, hace tres semanas; ahora falta saber qué nos reserva la tercera tanda de recortes, que al parecer se aprobarán mañana, y las sucesivas que ya han sido anunciadas.

El presidente del gobierno inició este camino hacia el abismo cuando al disponerse a rendir homenaje a la señora Merkel, cancillera del IV Reich, avanzó que lo primero era cumplir con la obligación de sanear los bancos y reducir el gasto público: los puestos de trabajo, los hospitales o las escuelas no eran prioritarios. Las consecuencias de esta elección no tardarían en hacerse visibles. Si los recortes en la sanidad nos garantizan un presente inmediato de sufrimiento, los recortes practicados en la educación primaria y secundaria, y los obstáculos en el acceso de los jóvenes a la universidad como consecuencia del aumento de las matrículas, implican sacrificar el futuro y resignarse a un estancamiento gradual. El signo más evidente de que la política de austeridad a que se nos somete es equivocada, es el hecho de que la única aprobación internacional que tiene en la actualidad es la del ministro de Finanzas alemán.

El desastre a que nos está conduciendo todo ello queda de manifiesto en la devaluación progresiva de la deuda del Estado. Como ha afirmado Landon Thomas, "cuanto más promete el gobierno recortar los presupuestos, tanto más se apresuran los inversores extranjeros a deshacerse de sus títulos españoles de deuda" [20]. La prensa empieza ya a publicar noticias sobre la fuga de capitales que se está produciendo en nuestro país: según una información de estos días, entre enero y febrero de este año habrían huido del país 31.000 millones de euros.

La estéril "sobredosis de sufrimiento" impuesta a la ciudadanía europea ha dado lugar a movimientos de protesta, especialmente por parte de los jóvenes, que son quienes padecen las peores consecuencias por la falta de trabajo. Por el momento, los gobiernos europeos están respondiendo a la situación de la misma manera que el norteamericano: con una tecnología de información más elemental, pero con un endurecimiento similar de las leyes encaminadas a reprimir cualquier forma de protesta social.

Austeridad y represión son dos cuestiones claramente relacionadas, tanto en Europa como en Estados Unidos, ya que forman uno de los elementos definidores del nuevo sistema. La criminalización de la protesta va encaminada sobre todo a imponer unas medidas restrictivas que no son soluciones económicas temporales, sino que contienen elementos de cambio permanente en las reglas de juego social, destinados a persistir: reforma laboral, limitación del derecho de huelga, ataques a los sindicatos, privatización progresiva de la sanidad pública, desmantelamiento de la educación pública...

En diciembre de 2011 Robert Fisk comparaba las revueltas árabes y las protestas de los jóvenes europeos y norteamericanos en un artículo titulado "Los banqueros son los dictadores de Occidente", donde afirma que los partidos políticos "de Occidente" han entregado el poder recibido de los votantes "a los bancos, a los traficantes de derivados y a las agencias de calificación, sostenidos por la deshonesto pandilla de expertos de las grandes universidades norteamericanas [...] que mantienen la ficción de que esta es una crisis de la globalización, en vez de una trampa financiera impuesta a los votantes". Las elecciones en nuestros países, añade, "han acabado siendo tan falsas como las que los árabes se ven obligados a repetir década tras década para bendecir a los propietarios de su propia riqueza nacional" [21].

Esta misma percepción del contexto político nos la ofrece también Michael Hudson, profesor de la Universidad de Missouri, el cual denuncia en un escrito sobre "la transición de Europa desde la socialdemocracia a la oligarquía financiera", que la especie de guerra que estamos viviendo tiene objetivos que van más allá de la economía, ya que amenaza con llevarnos a una nueva época de aumento de la desigualdad, la cual se consolidará a medida que una oligarquía financiera reemplace a los gobiernos democráticos, y someta a la población a la servidumbre por endeudamiento. El resultado es "un golpe de Estado oligárquico en que los impuestos y el control de los presupuestos están pasando a manos de ejecutivos nombrados por el cártel internacional de los banqueros" [22].

¿Qué futuro nos espera? Por un lado, tenemos la utopía oficial, descrita por *The Economist* hace un par de semanas al referirse a la "tercera revolución industrial", con el panorama de la producción digital, con instrumentos como la impresión 3D que permitirá eliminar prácticamente la carga de los salarios y favorecerá, por lo tanto, el retorno de la producción a los países avanzados [23]. Las utopías tecnológicas están muy bien, pero el futuro estará determinado por el uso que en nuestras sociedades se haga de los beneficios que aporten estas tecnologías. Y si nos guiamos por el precedente del 93 % que señalaba Emmanuel Saez, lo que cabe esperar si no hay un cambio radical en las reglas de juego social vigentes actualmente, es simplemente más paro y menos ayudas sociales para afrontar las dificultades.

La otra cara de la utopía de la tercera revolución industrial es la distopía de un mundo de paro y represión, distopía que puede verse reflejada en algunas anticipaciones actuales como *The Hunger Games*, que ha alcanzado una enorme popularidad entre los jóvenes, y donde se nos presenta un futuro dominado por el hambre y la opresión política.

Hay un aspecto preocupante en las perspectivas que se nos presentan. Hasta ahora hemos podido ver que la privatización de la política ha servido para destruir el Estado del bienestar y aumentar las ganancias de los empresarios financieros e industriales. Sin embargo, parece que nos dirigimos a una nueva etapa en la que lo que se privatizará no será sólo la política sino el Estado mismo. Hasta ahora no nos habíamos preocupado demasiado por los avances de la privatización de la enseñanza o de la sanidad. Pero lo

que vemos en las sociedades que marchan en cabeza de esta evolución, y en especial en Estados Unidos, es que la privatización de los servicios se está convirtiendo en un negocio importante, que paulatinamente pasa a manos de las grandes empresas financieras.

En el ámbito de la educación, por ejemplo, los norteamericanos se hallan ya en la situación en que un niño puede ir a una escuela gestionada por Pearson Education, estudiar con libros publicados por Pearson Education y someterse a exámenes diseñados por Pearson Education, que tiene contratos de centenares de millones para gestionar los sistemas de evaluación. Con una considerable influencia política, Pearson está intentando controlar todo el sistema de enseñanza norteamericano [24]. Hay otro drama relacionado con la educación, que es el de los estudiantes universitarios obligados a pedir créditos para hacer frente al coste creciente de las matrículas, con una deuda global que alcanza ya el billón de dólares. Incapaces de mantener los costes de estos préstamos, muchos estudiantes se convierten en unos auténticos esclavos por deudas [25].

Otro ejemplo podría ser las cárceles, que hoy son un gran negocio privado, gestionado por compañías en las que participan empresas como Wells Fargo, y que están creando un mercado de trabajo esclavo como reemplazo de los inmigrantes ilegales, los cuales son expulsados por las nuevas leyes más restrictivas. Lo más grave es que para mantener el negocio las empresas exigen una ocupación del 90 % y presionan para que aumente la criminalización [26].

No es ya el Estado del bienestar lo que está amenazado, sino el Estado mismo y la sociedad civil en que se sostiene. Todo apunta a un futuro de retorno hacia la privatización, como en los tiempos feudales, donde quizá no pagaremos impuestos, sino tasas a las empresas propietarias de todos los recursos y todos los servicios de los que dependerán nuestras vidas. Sin embargo, este es un tema demasiado importante, y demasiado complejo, como para abordarlo aquí de paso.

¿Cómo escapar a este destino? Últimamente he estado estudiando las realizaciones y los programas de los movimientos del modelo Occupy Wall Street, que han sido bastante importantes en Estados Unidos. El estudio de lo ocurrido en 2011, que Slavoj Žižek califica como "el año en que soñamos peligrosamente", parece poco esperanzador. Natasha Lennard, en un comentario de abril de este año en la *Occupy! Gazette*, considera que lo que habían intentado en 2011 había sido "una larga cadena de fracasos" [27]. El gran reto para seguir adelante era el llamamiento a una "huelga general" para el Primero de Mayo, proclamada desafiando la indignación de los sindicatos tradicionales, que les parecía inoportuna.

La sorpresa me la he llevado al ver cuál era el programa que se proponían desarrollar, que no tiene nada que ver con el concepto habitual de huelga. Se trataba de toda una serie de actuaciones en distintos lugares del país, que incluyen las actividades más diversas. En Nueva York, por ejemplo, abarcaban desde un desfile de un ejército de mil

guitarristas por el centro de la ciudad, hasta una universidad libre en un parque, organizada por estudiantes que protestaban por la subida de las matrículas, con la participación de profesores.

Sin embargo, lo más significativo es lo que planeaban en Los Ángeles, donde caravanas de bicicletas y automóviles marcharían desde el centro hacia los cuatro extremos de la ciudad, participando en actos de protesta sindical, "ocupaciones relámpago", comidas gratis, etc., reivindicando toda una serie de objetivos: contra las expulsiones de las familias de sus casas, el aumento de los precios de las matrículas de los estudiantes, la desigualdad de los ingresos, la falta de derechos de los inmigrantes, la violencia de la policía, la criminalización de los pobres... "Esta amplia mezcla de tópicos y de tácticas —dice su programa— puede desconcertar a los supuestos expertos, pero refleja *una transformación en el activismo* tan profunda como nada de lo ocurrido en el ámbito del cambio social en las últimas décadas. La gente se está moviendo por fuera de las causas y los grupos de interés aislados. Se están reuniendo y compartiendo análisis, demostrando que están de acuerdo respecto de las causas de algunos de nuestros mayores problemas" [28].

No dispongo más que de las primeras noticias de lo que ha ocurrido, las cuales indican que si bien el número de participantes fue menor del que esperaban —en Nueva York empezó lloviendo por la mañana—, lo cierto es que han tenido bastante éxito organizando un acto de protesta a escala nacional, que ha mostrado una muy buena colaboración entre los trabajadores de los sindicatos y los miembros de Occupy en lugares como Los Ángeles, Nueva York, Baltimore y Chicago, y que ha señalado el retorno del movimiento a las calles [29].

Es un nuevo tipo de acciones, que nos sugieren que, en unos tiempos en que están amenazados todos nuestros derechos, puede ser una buena idea el que protestemos colectivamente contra los abusos que nos afectan directamente y contra los que afectan a otros, considerándolos como propios y comunes. Es evidente que ésta no será la solución a nuestros problemas; pero si sirve para que vaya formándose una conciencia colectiva respecto de la naturaleza y la gravedad de los retrocesos que nos amenazan, puede ayudarnos en el difícil camino de empezar a reconstruir una sociedad democrática que tenga como objetivo central proporcionar libertad y bienestar a la mayor parte de quienes forman parte de ella, y que nos permita recuperar un futuro más esperanzador.

Notas

- [1] Nouriel Roubini, "After the storm: The instability of inequality", *Project Syndicate*, 15 octubre 2011.
- [2] George Packer, "The broken contract. Inequality and American decline", *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre 2011, pp. 20-31; Robert Jensen, " 'There are marxists in India?' Economist Prabhat Patnaik on the global crisis", *Dissident Voice*, 23 abril 2012.
- [3] Lawrence Mishel, "The wedges between productivity and median compensation growth", *Economic Policy Institute*, Issue brief 330, 26 abril 2012.
- [4] Joseph Stiglitz, "Politics is at the root of the problem", *The European*, 23 abril 2012.
- [5] Timothy Noah, "Brooks Brothers bolshevism: Wall Street discovers income inequality", *The New Republic*, 6 octubre 2011.
- [6] Sheldon S. Wolin, "Inverted totalitarianism", *The Nation*, 19 mayo 2003; *Democracia S. A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, Madrid, Katz, 2008.
- [7] International Labour Organization, "No recovery in sight for labour markets, warns ILO", 29 abril 2012.
- [8] Elizabeth Drew, "Can we have a democratic election?", *New York Review of Books*, 23 febrero 2012.
- [9] Paul Buchheit, "Five tax fallacies invented by the 1%", *Common Dreams*, 30 abril 2012.
- [10] "For hire: Lobbyists for the 99%? How corporations pay more for lobbyists than in taxes", informe de *Public Campaign*, diciembre 2011.
- [11] Steven Rosenfeld, "Facebook and Google turned into government spies? The dangerous new law before Congress (CISPA)", *AlterNet*, 25 abril 2012.
- [12] "The science of civil war: What makes heroic strife", *The Economist*, 21 abril 2012, pp. 77-78.
- [13] James Bamford, "The NSA is building the country's biggest spy center (watch what you say)", *Wired*, 15 marzo 2012.
- [14] Sobre esta cuestión véase Ellen Brown, "How the Goldman vampire squid just captured Europe", *Truthout*, 18 abril 2012.
- [15] Paul Krugman, "European fiscal zombies", *New York Times*, 29 diciembre 2011; Steve Keen, "On the problems facing the world in 2012", *Real-World Economics Review Blog*, 30 diciembre 2011.

[16] Helena Smith, "German 'hypocrisy' over greek military spending has critics up in arms", *The Guardian*, 19 abril 2012.

[17] Joseph Stiglitz, "Politics is at the root of the problem", *The European*, 23 abril 2012; véase también Mark Weisbrot, "Breaking the eurozone's self-defeating cycle of austerity", *The Guardian*, 27 abril 2012.

[18] Paul Krugman, "Pain without gain", *New York Times*, 19 febrero 2012.

[19] "An overdose of pain", *New York Times*, 12 abril 2012, editorial.

[20] Landon Thomas, "Spain is still awaiting the payoff from austerity", *New York Times*, 27 abril 2012.

[21] Robert Fisk, "Bankers are the dictators of the West", *The Independent*, 10 diciembre 2011.

[22] "Europe's transition from social democracy to oligarchy", artículo publicado originalmente en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y reproducido en el blog de Hudson el 6 de diciembre de 2011.

[23] "A third industrial revolution", Special report, *The Economist*, 21 abril 2012.

[24] Sobre los problemas que se han planteado con unos exámenes con los métodos de Pearson en Nueva York, Gail Collins, "A very pricey pineapple", *New York Times*, 27 abril 2012, y Alan Singer, "The pineapple taht ate global history", *History News Network*, 30 abril 2012, que acaba diciendo: "Pearson Educational [...] should be thrown out of the educational business."

[25] Rebecca Solnit, "Welcome to the 2012 Hunger Games. Sending debt peonage, poverty, and freaky weather into the arena", *TomDispatch*, 1 mayo 2012.

[26] Dina Rasor, "Prison industries: 'Dont't let society improve or we lose business' ", *Truthout*, 26 abril 2012; Glen Ford, "Private prison corporations are slave traders", *Black Agenda Report*, 24 abril 2012; Steve Fraser y Joshua B. Freeman, "Locking down an American workforce", *TomDispatch*, 19 abril 2012; "Georgia, out migrant workers, turns to prison labor", *Common Dreams*, 20 abril 2012; Susie Madrak, "Wells Fargo now a major shareholder in for-profit prisons", *Crooks and Liars*, 13 abril 2012; etc.

[27] Natasha Lennard, "Occupy & failure", *Occupy! Gazette*, 25 abril 2012.

[28] Sarah van Gelder, "Why this May Day matters", *YES! Magazine*, 30 abril 2012.

[29] Brett Smiley y Joe Coscarelli, "Protesters deploy, police brace for May Day protests", *New York Times*, 1 mayo 2012; J. A. Myerson, "Across New York City, people honor May Day", *Truthout*, 1 mayo 2012; Susie Cagle, "May Day celebrations continue in Oakland, San Francisco", *Truthout*, 1 mayo 2012; "Live coverage: May Day protests nationwide", *Storify*, 1 mayo 2012; Yana Kunichoff, "Chicago's May Day takes the streets", *Truthout*, 1 mayo 2012; etc.

Fuente original:

"El futur és un país estrany. Crisi econòmica i canvis socials"

http://caa.elpais.com/caa/2012/05/03/valencia/1336077471_038127.html

Universitat de València. Claustre Obert

<http://www.uv.es/cultura/v/docs/claustreobertantic.htm>